

## RESEÑAS

BALLY, GUSTAV.

El fuego como expresión de la libertad. FCE. Traducción, Jasmin Reuter. México, 1980, 3a reimpresión. la. edición en alemán, 1945, 140 pp.

Tuvimos acceso a este libro, por equivocación y/o descuido. Parece que los criterios inmediatos para elegir una compra fallan, no están bien “pulidos”, y esto resulta a fin de cuentas una ventaja. Sería excesivamente peligroso cerrar el espectro de intereses de una vez por todas. El juego como expresión de la libertad aporta contadas pero interesantes contribuciones al intento de entender el comportamiento humano, el sentido de la vida y la sociedad estructurado por los hombres. Lo que el autor pretende es analizar similitudes y diferencias entre el juego animal y el juego humano, a fin de extraer una semblanza del hombre en relación con la libertad, para Bally, su característica distintiva. La obra en su conjunto está elaborada en un lenguaje bastante críptico, quizá debido a su especialización, y a las originales intenciones que el autor confiere a ciertos términos. A grandes rasgos podemos afirmar que la inspiración última de este ensayo reside en la filosofía y moral judío-cristiana, apoyadas ambas con algunos datos de la psicología conductista y de la psicología gestáltica, incluyendo postulados del psicoanálisis freudiano. Aun sin tener amplias referencias en el campo de la conducta animal, los datos a los que el autor recurre nos huelen a “viejo” y esto, para la ciencia, es un defecto irreparable.

A pesar de este panorama, la obra nos mantuvo con el interés suficiente para terminar su lectura. Se trata de un ensayo bastante novedoso en cuanto a la multitud de temas de que echa mano para dar forma a sus hipótesis. Como hemos dicho, arranca del estudio de la conducta animal para llegar a los niveles espirituales de la vida humana, donde se plantea una contención de los instintos como requisito para gozar de una libertad que se ejercita y crea mediante el juego.

El libro presenta la siguiente división en su desarrollo:

Introducción.

### I El Instinto y el juego

1. El instinto.
2. El campo y su tensión.
3. El acto y el objeto.
4. El titubeo.
5. El amaestramiento.
6. El doble medio ambiente.
7. El concepto de juego.
8. El Hombre y el Juego

9. La visión biológica.
10. Fenotipo y genotipo.
11. La misión de la sociedad humana.
12. El mundo abierto del hombre.
13. La conciencia de sí mismo.
14. Las formas deficientes del ser-hombre.
15. El hombre que juega y su horizonte.
16. El respeto y el amor.
17. La actitud sacerdotal.

Epílogo.

Notas.

Bibliografía.

Gustav Bally nos habla primero de la conducta instintiva en los animales: “La conducta motora del animal siempre aparece dirigida- hacia una presa, hacia el compañero sexual, al lugar de reposo, a la huida del enemigo o -en el ataque- hacia éste” (p. 21). El campo en el que el animal se encuentra puede estar tenso o relajado según el “estado de ánimo” del ser vivo, es decir, de su urgencia instintiva. Un campo relajado se enriquece en cuanto a posibilidades, se aprecian mejor las distinciones; en un campo relajado, el animal juega, y al jugar aprende. “Realmente significa algo nuevo el que el animal ya no ‘pesque’ para alcanzar un botín, sino que desee un ‘botín’ para pescarlo. Hasta ahora habíamos dicho: la meta biológica es el acto instintivo y se logra mediante la conducta de apetencia. Ahora, en cambio, debemos decir: el objetivo es un acto ‘aprendido’ en el ámbito de la apetencia, que fue adquirido con una relativa independencia de la meta del instinto” (P. 26). Ejemplifica este fenómeno con varios experimentos y observaciones respecto a las “habilidades” animales desarrolladas en situaciones de urgencia instintiva y en otras de “juego”. Cita el caso de la curruca gargantiazul, el clarín de la selva y el mirlo, aves que cantan de manera realmente artística, tonadas más complicadas, cuando lo hacen para sí mismas. En cambio cuando están en celo o frente a un rival, repiten las estrofas más sonoras monótonamente, diríamos, sin creatividad. Kähler, referido por el autor, marca una diferencia especial entre la actividad dirigida a una meta instintiva, y el juego, independiente de metas.

Ahora bien, para que el animal “juege” necesita una cierta seguridad y protección; esto le es dado en un periodo en que siendo aún pequeño y bajo la tutela de sus padres o madre, puede iniciarse en el ensayo de lo que después será su conducta adulta. En el hombre, dice Bally, sucede algo similar. La infancia protegida permite el aprendizaje a través del juego, y el mundo adulto con lo que el autor considera la “seguridad social”, facilita también esta actividad lúdica. El hombre es el único ser vivo que juega durante toda su vida. Sólo los animales “domésticos”, los que conviven con seres humanos, tienden a “jugar” ya pasado su periodo infantil.

En el hombre, durante el tiempo que sigue al “periodo embrionario extrauterino”, como lo denomina el autor, “... nos permite reconocer claramente los rasgos de un mundo en el que, apoyándose en esta zona de seguridad y de protección, comienza a desarrollarse una conducta peculiar que ocupa un lugar importante en la juventud del ser y... también en la vida del adulto, aunque bajo formas más evolucionadas. Esta conducta es el juego” (p. 67). Esto sucede también con los mamíferos superiores, pero hay una diferencia trascendental con respecto al hombre. Los animales no viven como individuos, son expresiones de su género, sin destino personal. Los hombres vivimos la oposición entre la individualidad y el género.

El autor señala -siguiendo a Freud- que esta oposición aparece por vez primera entre los 4 y 5 años de edad, cuando el eros infantil despierta, encontrándose con la lejanía de los otros (aún los más cercanos (padre, madre, hermanos) están fuera), de este sentimiento surge la forma individual del hombre, el yo.

Después de este análisis, Gustav Bally trata la cuestión de la cultura en la sociedad humana, lo que, considera la “misión” de los hombres en sociedad. Plantea que para nosotros, vivir en comunidad es algo que no surge espontáneamente, sino algo que debe ser conducido. Necesitamos de un orden social y estructurarlo es nuestra misión. Las relaciones sociales son necesarias, pero la forma que éstas adopten es cuestión de elección, de libertad de elección, a diferencia del mundo animal organizado instintivamente.

Para Bally la instauración y mantenimiento de este orden social necesario es algo que ha de lograrse en una lucha constante con la amenaza de la indiferenciación instintiva, del caos que significa la pérdida de la individualidad, la deshumanización del mundo único. Este mundo único para el autor, significa la falta de libertad representada en la dependencia animal del instinto. La libertad humana es entonces ejercida en el cómo se regula la conducta, que sin un orden, puede perderse irremediablemente en las metas instintivas, en pocas palabras puede caer en la TENTACIÓN. Y aquí comienza de manera clara toda la arenga en favor de la contención virtuosa. “A la conducta que nos permite oponer resistencia a una tentación la llamamos VIRTUD. El hombre virtuoso puede caer, pero no sucumbe” (página 80).

Todo esto sucede pues en un ambiente estructurado por el hombre y transmitido mediante la tradición. Los hombres acceden a un mundo adulto no-natural, a un medio ambiente “acuñado” por otros hombres. Este mundo adulto está poblado de reglas, de prohibiciones que tienden a evitar el seguir un camino que conduzca a las metas instintivas.

Ahora bien, nuestra conducta necesita estar regida por el amor, que junto a la muerte se nombra (¿Eros y Tanatos?). El perderse en el éxtasis amoroso es similar a perderse a sí mismo, volver a la naturaleza, al ser genérico, al mundo único, indiferenciado. “En el amor, una muerte generadora de vida se halla sumida en el corazón de todo ser humano. Es una muerte que vence a la muerte” (p. 105). Es la paradoja del Eros, pues si en los terrenos de la nutrición y del enemigo se busca el no caer en el mundo único, en el campo del Eros, esta caída es una exigencia. Sin embargo, un amor que sólo busca placer a través de la posesión y el poder, no se satisface jamás. En el amor el hombre se encuentra ante semejantes cuyo valor esencial es precisamente la libertad de ser ellos mismos. “La capacidad de tratar a todos los semejantes con el respeto que les reconoce la dignidad de un destino independiente no sólo es condición de todo amor sexual, sino que es imposible concebir cualquier vínculo humano si no existe esta capacidad. La comunidad humana se desmorona en cuanto desaparece el respeto a la dignidad humana” (p. 111)

Gustav Bally pondera la “actitud sacerdotal” como aquella que trata de saber si sus acciones están al servicio de un algo desconocido y superior. Así, su poder es mayor que el del campesino (nutrición, economía) y del guerrero (defensa ante el enemigo). Su poder es de índole espiritual, su actitud es la renuncia a los bienes del mundo en una entrega amorosa que no espera ni pide nada. Está vinculado a la comunidad (el sacerdote), pero a la vez se halla alejado del mundo, su relación más importante es con lo eterno.

Este algo último que subyace en las formas mundanas se expresa en lo bello y lo noble, en el sentido de los griegos. Con esto es en última instancia con lo que juega el hombre. En nuestra época, dice Bally, la belleza como tal no existe, se considera sólo como un medio para la obtención de placer o una excitación de los sentidos. Hubo sin embargo algunas épocas en que los hombres crearon “documentos de lo eterno”, templos, tumbas, museos. Son testimonios del hombre que juega con lo eterno. Así, para el autor, el juego representa “el elemento vital de la procreación espiritual” (p. 121).

Las últimas afirmaciones constituyen el epílogo del libro. En la exposición que de los temas más significativos hemos desarrollado, pueden encontrarse aseveraciones importantes; el desarrollo del juego y su trascendencia para la vida y aprendizaje del ser humano, las relaciones sociales basadas en el respeto y el amor, la búsqueda de un significado en todas nuestras acciones. Sin embargo es notorio el que bajo todas estas elucubraciones reside la contradicción aparentemente irresoluble en el cristianismo, entre lo que debe ser y lo que es. Bally habla de una moral impuesta y contenedora de los instintos. Si el hombre es dejado en libertad, se pierde, cae en la tentación, en el mundo único. Así se justifican un orden y unas normas sociales prohibitivos, que impidan esta caída. Son planteamientos en que la razón se erige como salvadora del caos. Moralista racional, Bally promueve la eterna división entre pecado y virtud, pero esta última en vez de considerarla como una cualidad que puede surgir espontáneamente si existen las condiciones adecuadas, es vista como producto de una lucha por instaurar ese deber ser impuesto para socavar al mundo de su maldad.

Sí, el ser humano puede ser definido acertadamente como “homo ludens” (Fronim). Pero respecto a toda la estructuración que Bally hace de las tensiones y las contenciones, estamos más en acuerdo con Charles Fourier (El desvarío de la razón) cuando plantea que es la libre pasión desenfrenada la que puede salvar al hombre, pues la razón con toda su soberbia, ha desvariado. Si no partimos de una confianza en los hombres, en una fe, diríamos, pues es en contra de todas las pruebas, tendríamos que aceptar al temor y al castigo, como -únicos elementos capaces de dar forma a un mundo perverso en su origen. Y ya hemos visto lo que sucede cuando las sociedades se basan en elementos represivos y castradores. De cualquier manera, como dijimos en un principio, este libro puede resultar entretenido, no carece de originalidad en su desarrollo, y contribuye con algunos aportes interesantes, si los extraemos del contexto moralista en que se hallan inscritos, al estudio de la naturaleza humana.

ALICIA LOZANO MASCARÚA.